La Comédiathèque



El olor del dinero

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

El olor del dinero

Jean-Pierre Martinez

¿Puede hacer feliz el dinero que huele mal? Frédéric, un pintor sin blanca, se niega por amor propio a aceptar el dinero sucio que le deja su padre tras su desaparición. Pero el rechazo de la herencia de un padre que lo abandonó cuando solo tenía cinco años lo enfrenta a su pareja y a su hermana. A ellas les preocupa menos el origen de esa fortuna inesperada y ambas tienen buenas razones para no dejarla escapar. ¿Quién es realmente el hombre que les ofrece diez millones de euros a cambio de una simple firma? ¿De dónde procede ese dinero? Cada cual tiene su verdad...

Personajes:
Frédéric
Delphine
Carlos
Vanessa

© La Comédiathèque

ESCENA 1

El modesto taller de pintura de Frédéric hace también de salón en el loft que comparte con su pareja, Delphine. Frédéric trabaja ante el caballete, escuchando música. Delphine entra de la calle, con una gabardina y un bolso de trabajo.

Delphine – ¡Hola!

Frédéric – ¿Ya has vuelto?

Delphine – ¡Vaya recibimiento! Si te molesto, vuelvo dentro de una hora.

Frédéric – Perdona... He perdido la noción del tiempo.

Frédéric detiene la música, pero sigue pintando.

Delphine – Qué suerte tienes... A mí se me ha hecho eterno el día... *(Se quita la gabardina, deja el bolso, se acerca a él y le da un beso.)* Perdona que te interrumpa en pleno trabajo... Ojalá algún día tengas tu propio taller.

Frédéric – Este me va muy bien.

Delphine – Me refiero a un taller tuyo, que no sirva al mismo tiempo como sala de estar. Para no molestarte cuando vuelva del trabajo.

Frédéric – Tú nunca me molestas, y lo sabes.

Ella echa un vistazo al cuadro.

Delphine – ¿Es un lienzo nuevo?

Frédéric – Sí...

Delphine – Otro rostro... Misterioso, indescifrable...

Frédéric – Uno puede pasar toda su vida intentando desentrañar el misterio de un rostro.

Delphine – Y sigues sin modelo...

Frédéric – ¿Quieres que haga tu retrato?

Delphine – ¿Para que me cales hasta el fondo, como dices? Te llevarías una decepción. Yo no tengo nada que ocultar...

Frédéric – Todos tenemos algo que ocultar. Para mí, seguirás siendo una mujer muy misteriosa.

Delphine – ¿Qué te sorprende tanto de mí?

Frédéric – Que hayas elegido vivir conmigo, en primer lugar.

Delphine – Eso se llama amor, ¿no?

Frédéric – Entonces el amor es algo muy misterioso.

Delphine – Es cierto... De hecho, me pregunto por qué tú elegiste vivir conmigo.

Frédéric – Oh, eso es muy sencillo.

Delphine – Te escucho.

Él deja sus pinceles, se acerca a ella y la abraza.

Frédéric – ¡Porque eres funcionaria de la enseñanza pública francesa! Para un artista, eso da mucha tranquilidad.

Delphine *(divertida)* – ¡Qué cabrón eres...!

Frédéric – Sin ti... ningún banco nos habría dado un crédito a treinta años para comprar este antiguo garaje que ahora llamamos loft.

Delphine – Desde luego, no te elegí por tu romanticismo...

Frédéric – Te equivocas. Soy un romántico empedernido que disimula su sensibilidad bajo una aparente capa de cinismo.

La besa.

Delphine – Tienes razón, sigue pintando sin modelo. No me gustaría volver a casa y encontrar a una chica desnuda, tumbada en mi sofá en una pose lasciva...

Frédéric – ¿Quieres posar para mí? Desnuda... En una pose lasciva...

Delphine – No tendría paciencia. Y tendríamos que subir la calefacción...

Frédéric – No estoy seguro de que podamos permitírnoslo... Bueno, creo que voy a parar aquí.

Delphine – Te he desconcentrado.

Frédéric – Me encanta que me desconcentres... ¿Qué tal te ha ido el día?

Delphine – A veces tengo la sensación de ser más domadora que profesora. Suena el timbre y sueltan a las fieras...

Frédéric – Han prohibido los animales en los circos. También deberían prohibir a los niños en las escuelas.

Delphine – Pero entonces me quedaría sin trabajo. Ya solo comemos patatas.

Frédéric – Me encantan las patatas. De hecho, me encanta comerlas contigo.

Delphine – Vamos a salir adelante. Al final se darán cuenta de que tienes talento.

Frédéric – Hace semanas que no vendo un cuadro.

Delphine – Pero tu página web te había traído algunas visitas...

Frédéric – Sí. Vienen, miran, charlan... A cualquier hora. Les ofrezco café, pero rara vez sacan el talonario al final.

Delphine – Tu exposición fue un éxito.

Frédéric – Una exposición en un restaurante... Hasta que pueda exponer en una galería de verdad. Preferiblemente en París...

Delphine – ¡Pero si te niegas a contactar con las galerías parisinas!

Frédéric – ¿De qué serviría? No me conoce nadie. Y esas galerías ya reciben montones de propuestas...

Delphine – ¿Y tu misterioso coleccionista ruso? El que te compraba un cuadro todos los meses para que se lo enviaran a Londres...

Frédéric – No tengo noticias de él... Tal vez esté muerto...

Delphine – Vamos... Ya saldrán otros...

Frédéric – Claro... Me he ocupado de la cena.

Delphine – ¡Genial! ¿Qué hay de cena?

Frédéric – Patatas.

Delphine – Estupendo... ¿Fritas? ¿En puré?

Frédéric – Es una receta nueva. Creo que se llaman... patatas en bata.

Delphine – Pues voy a ponerme la mía y vuelvo enseguida. Para una velada romántica...

Frédéric – ¿No te importa si me quedo así? No me queda bien la bata.

Delphine – Voy a aprovechar para darme una ducha.

Sale. Frédéric observa su cuadro, insatisfecho. Suena el timbre. Va a abrir y vuelve con Carlos.

Frédéric – Adelante, pase... Este es mi taller...

Carlos – Gracias por recibirme sin avisar.

Frédéric – Estoy acostumbrado... Pero es mejor llamar antes. Podría no estar aquí...

Carlos – Habría vuelto... *(Mira el lienzo.)* Este retrato resulta muy... inquietante. Es magnífico. ¿Es el rostro de un hombre o de una mujer?

Frédéric – Eso... Eso forma parte del misterio...

Carlos – La verdad no se nos muestra desnuda a primera vista...

Frédéric – Si no, bastaría con hacer una fotografía.

Carlos – El misterio es lo que le da encanto a la Gioconda, ¿no cree?

Frédéric – De la Gioconda, por lo menos, sabemos que es una mujer... Pero tiene razón. Pinto para intentar llegar a una cierta verdad, representando la realidad de otra manera, no como aparece a primera vista. Precisamente estaba hablando de eso con mi mujer...

Carlos – Entonces, está casado...

Intrigado por el giro personal que toma la conversación, Frédéric simplemente sonríe.

Frédéric – ¿Descubrió mis cuadros en mi página web?

Carlos – No...

Frédéric – ¿Es usted galerista? ¿Coleccionista? ¿O simplemente amante de la pintura?

Carlos – Me gusta la pintura, sí, pero no soy nada de eso. Para serle sincero... no he venido a comprar ningún cuadro.

Frédéric – Ahora que está aquí, siempre puede echar un vistazo, no se compromete a nada.

Carlos – Lo que tengo que decirle no tiene nada que ver con la pintura, lamentablemente...

Frédéric – Le escucho...

Carlos – He venido a darle una mala noticia.

Frédéric – Ya me lo imaginaba... Pero adelante, por favor.

Carlos – Tal vez ya esté al tanto...

Frédéric – No, no... Digamos que... no estoy acostumbrado a que desconocidos vengan a llamar a mi puerta sin previo aviso para darme buenas noticias.

Carlos – Detrás de una mala noticia, a menudo hay una contrapartida positiva.

Frédéric – Empieza a preocuparme... No será usted testigo de Jehová, ¿verdad?

Carlos – No, tranquilícese.

Frédéric – Entonces, ¿quién es usted? ¿Y qué tiene tan urgente que decirme?

Carlos – Soy... Bueno, era el abogado de su padre.

Frédéric – ¿Mi padre?

Carlos – Charles. Charles Andreani. Usted es su hijo, ¿verdad?

Frédéric – Sí... Aparentemente.

Carlos – Bueno... Su padre nos ha dejado.

Frédéric – Lo siento por usted. Pero, ¿sabe?, a mi madre, a mi hermana y a mí también nos dejó hace muchos años.

Carlos – Quería decir que... el señor Andreani ha fallecido.

Frédéric – Sí. Lo entendí.

Carlos – Sé que llevaba mucho tiempo sin tener relación con su padre y comprendo que esta visita le haya pillado desprevenido. Podría haberle escrito, por supuesto. Pero quería comunicárselo en persona.

Frédéric – Cuando mi padre se fue de Francia, yo tenía cinco años. Mi madre murió hace unos años. Llevaba muchísimo tiempo sin saber nada de él. Ni siquiera vino a su entierro. Comprenderá que la noticia de su muerte no me afecte demasiado.

Carlos – Lo entiendo.

Frédéric – Según nos contó mi madre, se fue a Estados Unidos con la esperanza de hacer fortuna montando allí un restaurante... Es todo lo que sé...

Carlos – Murió en México. Llevaba años viviendo allí.

Frédéric – ¿Es usted mexicano?

Carlos – Es un poco más complicado...

Frédéric – Lo contrario me habría sorprendido. ¿Y qué hacía en México?

Carlos – Tenía... restaurantes, precisamente. Bueno, más bien bares...

Frédéric – Nuestra madre nos dijo que sus negocios en Estados Unidos no habían tenido tanto éxito como esperaba.

Carlos – Por eso fue a México.

Frédéric – ¿Y elige a un abogado para anunciarme su muerte? ¿Acaso quiere demandarme?

Carlos – Entiendo su amargura, créame.

Frédéric – Lo dudo.

Carlos – Pero más allá del aspecto emocional, también hay un aspecto legal... y financiero. Ahí es donde llego a la contrapartida positiva...

Frédéric – ¿A qué se refiere?

Carlos – Usted era su hijo. Usted es el heredero.

Frédéric – ¿El heredero?

Carlos – Junto con su hermana, por supuesto.

Frédéric – ¿Ha ido usted a ver a Vanessa?

Carlos – Sí.

Frédéric – Pero ¿qué dejó exactamente? ¿Bares? Me gusta la cerveza Corona, sí, pero no me veo regentando un bar en México. Ni me imagino a mi mujer llevando la caja.

Carlos – Su padre tenía bares, es cierto. Pero en los últimos años de su vida, se desvinculó de esa actividad y colocó gran parte de su fortuna en Europa.

Frédéric – ¿Ha dicho... su fortuna?

Carlos – Sí... Bueno, tampoco era multimillonario.

Frédéric – Pero ¿de cuánto dinero estamos hablando exactamente?

Carlos – No puedo decírselo con precisión en este momento, pero lo sabrá pronto. En primer lugar, quería informarle sobre el fallecimiento de su padre.

Frédéric – ¿Usted es realmente abogado?

Carlos – Principalmente, era su hombre de confianza... y su amigo.

Frédéric – ¿Su amigo?

Carlos – Digamos que... lo ayudé más de una vez a salir de situaciones un tanto delicadas.

Frédéric – Usted es abogado, así que cuando dice «situaciones delicadas», ¿eso incluye también la cárcel?

Carlos – No se hace fortuna sin correr algunos riesgos. Especialmente en México. Lo que significa tomar algunas libertades con la ley en ocasiones...

Frédéric – No estoy seguro de querer saber más.

Carlos – Tal vez sea mejor así.

Frédéric – Y aún puedo rechazar la herencia.

Carlos – Le dejo que reflexione sobre todo esto, pero sería una lástima.

Frédéric – Ya he reflexionado. El dinero no me interesa. Y mucho menos el de mi padre.

Carlos – Tómese su tiempo para asimilarlo. Y coméntelo con su mujer. Las mujeres suelen dar buenos consejos. Sobre todo cuando se trata de dinero...

Frédéric – Hace mucho tiempo que pasé el duelo. Supongo que el entierro ya habrá tenido lugar, ¿no?

Carlos – No hubo entierro. No se encontró el cadáver.

Frédéric – ¿Cómo que no se encontró su cuerpo? ¿Cómo murió?

Carlos – Iba en una avioneta que se estrelló en el mar, frente a la costa de Veracruz. Solo encontraron restos del fuselaje...

Frédéric – Está claro que mi padre siguió siendo un hombre muy... escurridizo hasta el final.

Delphine regresa en bata.

Delphine – Perdone que lo reciba con estas pintas. No sabía que teníamos visita...

Carlos – Soy yo quien debe disculparse, señora... De hecho, me estaba yendo...

Delphine – No soy yo quien lo está echando, espero. Puedo quitarme esta bata, ya sabe. *(Carlos le lanza una mirada sorprendida.)* Bueno, quiero decir... para ponerme algo más apropiado en su lugar.

Carlos – Es tarde. Ya volveremos a hablar de todo esto, con más calma. Señora, mis respetos.

Frédéric – Ni siquiera tengo sus datos de contacto...

Delphine hace un gesto para despedirlo.

Carlos – Yo me pondré en contacto con ustedes. No se molesten, conozco el camino.

Sale.

Delphine – ¿Quién era ese tipo?

Frédéric – Un amigo de mi padre.

Delphine – ¿Tu padre? Me dijiste que apenas lo conocías. Pensé que estaba muerto...

Frédéric – Sí, yo también...

Delphine – ¿Y qué quería?

Frédéric – Anunciarme la muerte de mi padre.

Delphine – Lo siento mucho.

Frédéric – Al menos, ahora es oficial...

Delphine – ¿Estás bien?

Frédéric – La última vez que lo vi, todavía era un niño.

Delphine – Pero lo recuerdas, ¿verdad?

Frédéric – Ya no sé muy bien qué recuerdo... y qué inventé. Todo se mezcla un poco en mi cabeza...

Delphine – Y entonces, ¿le guardas rencor...? Bueno... le guardabas rencor...

Frédéric – Le guardé rencor, por supuesto. Al principio. Después me culpé a mí mismo...

Delphine – ¿Por qué?

Frédéric – Me preguntaba si se habría marchado por mi culpa.

Delphine – Es una tontería... Pero lo entiendo. Tendrías que habérselo preguntado a tu madre...

Frédéric – Sí... Pero no es fácil abordar ese tipo de temas con tu madre.

Delphine – Por supuesto...

Frédéric – Y luego, después de un tiempo... lo acepté. Casi logré olvidarlo. Si lo hubiera visto en la calle, probablemente no lo habría reconocido.

Delphine – Y esta noche, un desconocido llama a la puerta para anunciarte su muerte...

Frédéric – Aún me parece extraño saber que realmente está muerto.

Delphine – No sé qué decirte...

Frédéric – No dije que me entristeciera especialmente. Nos abandonó a todos hace años y nunca volvimos a tener noticias suyas.

Delphine – Entonces, ¿por qué se molestó en avisarte sobre su muerte?

Frédéric – Para resolver la sucesión, al parecer.

Delphine – Ah, claro... También está eso... ¿Y le ha encargado a un amigo que se ocupe de la herencia?

Frédéric – Este tipo también era su abogado...

Delphine – Realmente no tiene aspecto de abogado.

Frédéric – Sí, eso fue lo que pensé cuando lo vi.

Delphine – ¿Cómo se llama?

Frédéric – Ni siquiera pensé en preguntarle. Estaba tan sorprendido. Es mexicano.

Delphine – ¿Mexicano?

Frédéric – Sí, lo sé, tampoco tiene aspecto de mexicano...

Delphine – Al fin y al cabo, nunca hemos estado allí. Supongo que no todos los mexicanos son morenos ni van por la calle con sombrero y cartucheras, como Pancho Villa, el revolucionario mexicano...

Frédéric – Seguramente no los abogados, al menos... Según lo que me dijo, mi padre tenía bares sospechosos en México.

Delphine – ¿Te lo dijo así, simplemente? ¿Bares sospechosos?

Frédéric – Eso es lo que entendí. De todas formas, voy a rechazar la herencia.

Delphine – Bueno... ¿Estás seguro?

Frédéric – ¿Seguro de qué?

Delphine – De que quieres rechazar la herencia.

Frédéric – No quiero complicaciones. Y sobre todo, no quiero ese dinero.

Delphine – ¿Mucho dinero?

Frédéric – No lo sé... No me lo ha dicho.

Delphine – ¿Y no le preguntaste?

Frédéric – Acababa de informarme de la muerte de mi padre...

Delphine – Perdona, pero como me has dicho que te importaba poco... Qué tonta soy. La muerte de un padre nunca puede dejarte tan indiferente.

Frédéric – No me ha dicho cuánto dinero es. Pero, por lo que sé de mi padre, me temo que habrá más problemas que dinero.

Delphine – Piénsalo bien. Rechazar la herencia de tu padre no es solo una cuestión de dinero. También hay una dimensión simbólica...

Frédéric – Ah, ¿sí...? Se lo consultaría a mi psicoanalista, pero no puedo permitirme uno.

Delphine – Justamente... Dinero, no tenemos mucho.

Frédéric – Tenemos lo suficiente para vivir.

Delphine – Si tú lo dices.

Frédéric – Mientras tengamos suficiente para comprar patatas...

Delphine – Tú decides... Es tu padre...

Frédéric – Exacto... Es mi padre...

Delphine – ¿Y tu hermana?

Frédéric – También fue a verla.

Delphine – Entonces no tardaremos en tener noticias suyas.

Frédéric – Seguramente no esta noche. Debe estar bastante afectada por todo esto...

Delphine – ¿No quieres llamarla?

Frédéric – ¿Para decirle qué?

Delphine – No lo sé... Bueno... Entonces, a la mesa.

Se escucha el timbre.

Frédéric – Y yo que pensaba pasar una noche tranquila...

Delphine va a abrir. Vuelve con Vanessa, la hermana de Frédéric.

Vanessa – Entonces, ¿lo viste?

Delphine – Acaba de irse. Podrías habértelo cruzado...

Vanessa *(entusiasmada)* – ¡Es increíble! Es como si hubiera venido Papá Noel. Me pellizco para comprobar que no estoy soñando.

Frédéric – Hola, Vanessa. Supongo que ese Papá Noel del que hablas es el abogado mexicano que acaba de anunciarnos la muerte de papá.

Vanessa – No estás bromeando, ¿verdad?

Frédéric – No, no, tranquilízate. No es una broma. Papá realmente ha muerto...

Vanessa *(recobrando la compostura)* – Es verdad... Era nuestro padre, al fin y al cabo...

Delphine – ¿Quieres tomar algo? ¿Un café?

Vanessa – Gracias, ya estoy bastante nerviosa...

Frédéric – ¿Una infusión de esas que ayudan a dormir?

Vanessa – Bueno, de todas formas, todos lo dábamos por muerto desde hacía años. Así que no es más que una confirmación.

Delphine – Tampoco una infusión, de acuerdo...

Vanessa – Parece que ni siquiera hubo un entierro. Es increíble...

Frédéric – ¿Por qué? ¿Habrías ido?

Vanessa – ¿Y tú?

Frédéric – No lo sé. México está lejos...

Vanessa – Bueno... Está muerto, está muerto... Pero ¿te habló de la herencia?

Frédéric – Sabes, yo... El dinero...

Vanessa – Sí, bueno... Por mucho que digamos que no nos interesa el dinero... ¡Estamos hablando de diez millones de euros!

Delphine – ¿Perdón?

Vanessa – ¿No te lo dijo?

Frédéric – No fue tan preciso. Y no pedí detalles...

Vanessa – Eso serían alrededor de cinco millones para cada uno.

Frédéric – No te entusiasmes tan deprisa... Me temo que no es tan sencillo...

Vanessa – Incluso si hay algunos trámites y hay que esperar un poco para recibir los fondos...

Frédéric – No me refería a eso...

Vanessa – ¿A qué te refieres entonces?

Frédéric – Habló de negocios más o menos legales. En México. Y créeme, para que allí consideren ilegal una actividad, no estamos hablando precisamente de una simple evasión fiscal.

Vanessa – Me aseguró que todo ese dinero era perfectamente legal. Que lo había reinvertido en propiedades inmobiliarias en París...

Frédéric – Sigue siendo dinero sucio. ¿No te plantea ningún problema?

Vanessa – El dinero es el dinero. Y el dinero no huele.

Frédéric – Ah, entiendo... Si empezamos a invocar la sabiduría popular, entonces...

Vanessa – ¿No estás de acuerdo, Delphine?

Delphine – Es vuestro padre... Sois vosotros quienes decidís qué hacer con ese dinero...

Vanessa – El dinero... Viene y va. Mientras ahora sea dinero limpio...

Frédéric – Eso se llama blanqueo de dinero...

Vanessa – ¡El dinero circula! ¿Quién te dice que en algún momento el dinero que tienes en el bolsillo no se usó para comprar drogas?

Frédéric – Tienes razón... La naturaleza del dinero es ser sucio. Incluso creo que Freud decía que era mierda. Por eso evito tenerlo en mi bolsillo.

Vanessa – Es verdad, se me olvidaba... El señor es un artista... El dinero... El señor está por encima de todo eso...

Frédéric – No todo el mundo puede vivir de la especulación inmobiliaria como tu querido esposo...

Vanessa – ¿Acaso el arte no es también un mercado? Bueno, al menos para los artistas que consiguen vender sus cuadros...

Delphine – Quizás deberíamos calmarnos un poco, ¿no?

Vanessa – Pues mira, yo no rechazaría cinco millones. De donde sea que vengan... Es nuestro padre, después de todo. No podemos decir que se haya preocupado mucho por nosotros. Merecemos una pequeña compensación...

Frédéric – ¿Nuestro padre? No sabemos nada de su vida, y mucho menos de sus negocios. En cuanto a ese supuesto abogado mexicano...

Vanessa – ¡No viene a pedirnos dinero, viene a darnos dinero!

Frédéric – Te recuerdo que, al aceptar una herencia, aceptas tanto el activo como el pasivo. Y, en su caso, no sé si el activo compensará el pasivo. En todos los sentidos...

Delphine – Siempre podéis aceptar la herencia a beneficio de inventario...

Vanessa – Tiene razón. Nada nos impide consultar a un notario.

Frédéric – ¿De verdad pensáis que un notario cualquiera de las afueras de París podrá decirnos si debemos aceptar la herencia de un mafioso mexicano?

Delphine – Un mafioso... ¿No crees que estás exagerando un poco...?

Frédéric – ¿Y tu esposo, qué piensa al respecto?

Vanessa – ¿Marc? Todavía no le he dicho nada... Quería estar segura.

Frédéric – ¿Segura del importe de la herencia?

Vanessa – ¡Segura de que no estoy soñando!

Frédéric – Bueno, gracias por tu visita, Vanessa. Es cierto que no nos honras con tu presencia con frecuencia...

Vanessa – Podría decirte lo mismo. ¿Cuánto tiempo hace que no ves a tus sobrinos?

Delphine *(para aliviar la atmósfera)* – ¿No quieres quedarte a cenar con nosotros?

Frédéric – Hemos preparado patatas... Así variarás un poco... Seguro que no las comes a menudo. Ya verás, están muy ricas... si se preparan bien.

Vanessa *(a Delphine)* – Muchas gracias, pero creo que no podría probar bocado. Además, tengo que irme. Marc se preguntará dónde me he metido. Y los niños también. Hablamos mañana, ¿vale?

Frédéric – Está bien... Buenas noches... Y que tengas dulces sueños...

Vanessa – Es increíble, esta historia... Diez millones...

Vanessa se va.

Delphine *(irónica)* – Tenías razón, parece completamente conmocionada por la muerte de su padre...

Frédéric – No lo entiendo... Ella ni siquiera necesita dinero... Su esposo gana más en un mes que nosotros dos en dos años.

Delphine – Su esposo, sí...

Frédéric – ¡Ni siquiera necesita trabajar!

Delphine – Precisamente... Tal vez ella quiera tener su propio dinero. Para depender menos de su esposo.

Frédéric – ¿Qué haría yo con cinco millones? No tengo ni idea.

Delphine – Cinco millones, yo tampoco sabría qué hacer con ellos. Pero con cinco mil euros, desde luego que sí. Y con el resto ya tendríamos tiempo de pensar... Seguro que se nos ocurrirían ideas...

Frédéric – Sí, ¿como cuáles?

Delphine – No sé... Liquidar la hipoteca del loft, para empezar. Así el banco dejaría de llevarse la mitad de mi sueldo cada mes... Y nos quedaría algo para ponerle mantequilla a las patatas...

Frédéric – Cuidado, la mantequilla engorda.

Delphine – He perdido tres kilos en un año y ni siquiera te has dado cuenta. Piénsatelo, Frédéric. Cinco millones nos cambiarían la vida.

Frédéric – ¿Para mejor, estás segura? *(Irónico.)* Por citar un refrán, como hace mi hermana, te recuerdo que «el dinero no da la felicidad»...

Delphine – ¿Qué es exactamente lo que te molesta de tener unos millones? Si intentas vender tus cuadros es para ganar dinero...

Frédéric – ¡No empieces tú también! Dinero que hubiera ganado por mí mismo, sí. Pero no me veo viviendo con el dinero de ese hombre a quien siempre he odiado. ¿Tengo derecho, no? Y además, no necesitamos realmente dinero.

Delphine – Habla por ti...

Frédéric – ¿Perdón?

Delphine – Tú no necesitas dinero, ¡soy yo quien paga las facturas!

Frédéric – De acuerdo... Ahí llegamos...

Delphine – Si tienes una buena razón para rechazar ese dinero, dímela, Frédéric. Si se trata de algo grave, lo entenderé.

Frédéric – No soy un niño maltratado, si es eso lo que quieres decir... Y tampoco he sufrido abusos sexuales... Mi padre nos abandonó. No quiero nada que venga de él, eso es todo. ¿No somos felices los dos?

Delphine – Sí...

Frédéric – Ese dinero no nos traerá nada bueno, créeme. Nada de lo que viene de mi padre podrá traernos algo bueno.

Delphine – Entiendo que todo esto no sea fácil para ti. Pero hoy te pido que pienses un poco en mí.

Frédéric – ¿En ti?

Delphine – Tú has cumplido tu sueño, Frédéric. Eres pintor.

Frédéric – Sí... Gracias a ti, lo sé...

Delphine – Si yo ya no tuviera que trabajar...

Frédéric – Pensaba que te gustaba tu trabajo de profesora. Que te sentías útil...

Delphine – Me encantaba... Pero cada vez me siento menos útil. Dar clase en las afueras de París se ha vuelto muy difícil. No digo que no sirva para nada, pero no me importaría pasarle el testigo a otra persona. Y dedicarme por fin a lo que yo quiera. Al menos, intentarlo...

Frédéric – ¿Y para hacer qué?

Delphine – ¿Crees que soy incapaz de tener mis propios deseos?

Frédéric – ¡Claro que no! Solo te pregunto qué harías si ya no tuvieras que trabajar.

Delphine – No lo sé... Tal vez me pondría a escribir...

Frédéric – No sabía que querías escribir... Nunca me lo has mencionado...

Delphine – Porque, hasta ahora, ya había un artista de sobra en esta pareja...

Silencio.

Frédéric – De acuerdo, prometo pensarlo...

Delphine – Gracias...

Frédéric – Pero no te prometo que cambiaré de opinión...

Negro.

ESCENA 2

Frédéric está pintando, pero esta vez sin música. El teléfono suena. A regañadientes, contesta.

Frédéric – ¿Sí...? ¿Crédito Solidario? Ah, sí... Sí, sí, tenemos una cuenta con ustedes... Y una hipoteca a treinta años, efectivamente... No lo entiendo... Debe de ser un error... Sí, ya sé que Crédito Solidario nunca se equivoca... No, no, desde luego... Hablaré con mi mujer, que es quien se ocupa de... Ella los llamará. De acuerdo... Gracias. Feliz Navidad a ustedes también...

Suspira, preocupado, y vuelve a pintar. Suena el timbre. Abre, visiblemente molesto, y regresa con Carlos, que lleva un maletín y una bolsa de papel.

Frédéric – Me temo que no conseguimos librarnos el uno del otro...

Carlos – He comprado unas chouquettes, unos bollitos franceses de azúcar, en la panadería de abajo. Tenían una pinta estupenda. No he podido resistirme. *(Le ofrece la bolsa.)* ¿Quiere una?

Frédéric – ¿De verdad cree que puede comprarme con unas chouquettes?

Carlos – No he venido a comprarlo, Frédéric. Le ofrezco cinco millones sin pedirle nada a cambio.

Frédéric toma la bolsa de papel y la coloca sobre la mesa junto a una cafetera.

Frédéric – Supongo que ahora me toca ofrecerle un café a cambio, ¿no?

Carlos – ¿A cambio de los cinco millones? Ya sabía que París era una ciudad carísima, pero este sería el café más caro de mi vida.

Frédéric – Bueno, ¿quiere un café o qué demonios?

Carlos – Bueno, no le diría que no. Muy amable por su parte...

Frédéric le sirve un café. Se sientan, toman una chouquette cada uno y se la comen.

Frédéric – Gracias por las chouquettes...

Carlos – Hacía años que no comía una...

Frédéric – ¿No hacen chouquettes en México?

Carlos se come una chouquette.

Carlos – Son mi magdalena de Proust... Me traen un montón de recuerdos...

Frédéric – Así que ha vivido en Francia... Además, habla francés sin el menor acento. ¿Qué lo llevó también a México?

Carlos – Ya le contaré mi vida en otra ocasión... Ahora estamos hablando de su padre.

Frédéric – Estoy escuchando...

Carlos – Necesito conocer su decisión. Su hermana, como sabe, decidió aceptar la herencia.

Frédéric – ¿Y si yo la rechazo?

Carlos – La totalidad le corresponderá a ella.

Frédéric – ¿Y a ella no le preocupa de dónde procede ese dinero?

Carlos – Le he dado todas las garantías necesarias. También a su notario. Todo está perfectamente en regla con Hacienda, aquí en Francia.

Frédéric – Si usted lo dice... Pero no me refiero a eso. Que el dinero sea legal hoy es una cosa. ¿De dónde salió originalmente? Eso es lo que necesito saber...

Carlos – Su hermana no tiene tantos escrúpulos como usted.

Frédéric – Prefiero tomarlo como un cumplido...

Carlos – Y su cuñado tampoco los tiene...

Frédéric – Es agente inmobiliario... Y ya sabe que eso no garantiza la honradez de nadie. ¿De dónde procede ese dinero?

Carlos – Se lo dije, su padre tenía bares.

Frédéric – No se burle de mí. No se ganan diez millones en veinte años vendiendo tequila a mexicanos.

Carlos – Seré sincero con usted... En los bares de su padre también trabajaban... bailarinas de striptease.

Frédéric – ¿Bailarinas de striptease? Vaya... Así que mi padre tenía burdeles y yo soy hijo de un proxeneta.

Carlos – Es una manera de verlo.

Frédéric – ¿No es su manera de verlo?

Carlos – Es como la pintura, ¿sabe? Las cosas parecen muy sencillas cuando se miran de lejos. Pero, al acercarse, uno descubre que son bastante más complicadas.

Frédéric – Gracias por esta breve lección de perspectiva... Pero usted me dijo que mi padre había tenido problemas con la justicia. Supongo que en México no se persigue a nadie por un simple asunto de proxenetismo. ¿No vendería mi padre algo más que mujeres y alcohol en sus burdeles?

Carlos – De hecho, a algunos clientes les proporcionaba sustancias menos legales...

Frédéric – Así que también traficaba con drogas.

Carlos – Yo diría más bien minorista. He sido honesto con usted. Pero es mejor que no sepa más.

Frédéric – Ah, ¿porque hay algo más?

Carlos – Su padre no era el canalla que usted cree.

Frédéric – Me está diciendo que era proxeneta y traficante. Por simple curiosidad, ¿qué entiende usted por «canalla»?

Carlos – Esos burdeles ya existían antes de que Charles tomara el control. La prostitución es el oficio más antiguo del mundo. Y el tráfico de drogas tampoco esperó a su padre para prosperar en México. No inventó nada, ya sabe...

Frédéric – Repito mi pregunta: ¿hay algo más que deba saber?

Carlos – Es verdad que su padre tuvo problemas con la justicia. Estuvo en prisión. Y estaba a punto de volver a entrar cuando sufrió aquel accidente de avión.

Frédéric – ¿Por qué motivo?

Carlos – Lo acusaban de asesinato. Con sus antecedentes, se enfrentaba a cadena perpetua...

Frédéric – Un error judicial, supongo.

Carlos – Su padre no mató a nadie a sangre fría, se lo prometo.

Frédéric – Vaya, qué alivio... ¿Así que simplemente era un hombre de sangre caliente?

Carlos – Lo único que debe saber es que Charles se desvinculó de todos sus asuntos en México y reinvirtió su capital en apartamentos de lujo en París y Londres. Todos sus negocios son completamente legales ahora. Hice lo necesario para eso.

Frédéric – Pero sigue siendo dinero sucio.

Carlos – Lo limpio y lo sucio... No hay que juzgar a la gente demasiado deprisa, y menos aún a los padres. Creemos conocerlos mejor que nadie, pero al final *(se acerca al caballete y señala el lienzo)* solo conocemos el rostro que nos muestran. La parte que sobresale de su iceberg interior...

Frédéric – No sé nada de mi padre... Ni siquiera recuerdo su rostro...

Carlos – Razón de más para no condenarlo por apariencias.

Frédéric – Mi único lujo es poder mirarme en el espejo por la mañana sin sentir vergüenza... No quiero renunciar a eso por cinco millones de euros.

Carlos – Nadie puede obligarle a aceptar esta herencia. Pero creo que sería un error por su parte rechazarla. Un error que probablemente lamentará tarde o temprano...

Frédéric – ¿Es una amenaza?

Carlos – Es un consejo de un amigo. Si rechaza su parte, el total irá a su hermana. Eso es todo.

Frédéric – ¿Y usted le ha contado todo esto?

Carlos – Ella me dejó en claro que prefería no saberlo.

Frédéric – Ya veo...

Carlos se levanta para irse.

Carlos – Le dejo que reflexione hasta mañana. Después, debo marcharme...

Frédéric – Como quiera, pero después de lo que acaba de decir, ¿realmente cree que voy a cambiar de opinión?

Carlos admira nuevamente la pintura.

Carlos – Es realmente hermoso lo que está pintando...

Frédéric – Gracias...

Carlos – Y este rostro me recuerda vagamente a alguien que conocí...

Frédéric – ¿Ah sí...?

Carlos – Tiene mucho talento. Un artista como usted solo debería preocuparse por su arte. Creo que eso es lo que su padre hubiera deseado.

Frédéric – ¿Se lo dijo él?

Carlos – Gracias por el café.

Carlos se va. Frédéric se queda perplejo. Delphine llega.

Frédéric – ¿Y qué tal la vuelta a clase?

Delphine – La rutina... Cuarenta alumnos por clase... Hay que acordarse de todos los nombres. Y de los problemas de cada uno. Por no hablar de los compañeros... Jóvenes recién licenciados a los que hay que procurar no desanimar, cuando a nosotros mismos cada vez nos cuesta más seguir creyendo en ello.

Frédéric – Sé que tu trabajo no es fácil... Pero si ni tú misma crees en lo que haces...

Delphine – Sí que creo, Frédéric... El día que deje de creer de verdad, no podré seguir.

Frédéric – Tengo miedo de que algún día dejes de creer en mí...

Delphine – Eso nunca sucederá, tranquilo.

Frédéric – Al final, soy como todos esos niños. Yo también necesito que alguien crea en mí. Sin ti ya habría tirado la toalla...

Breve abrazo.

Delphine – ¿Y tu día?

Frédéric – Nada especial...

Delphine – Bueno...

Frédéric – Ah, sí, han llamado del Crédito Solidario.

Delphine – Sí, ya lo sé. Me han llamado al móvil...

Frédéric – ¿Hay algún problema?

Delphine – Este mes el banco no ha podido cobrar la hipoteca. Estamos en números rojos...

Frédéric – Y apenas estamos a mitad de mes...

Delphine – Sí... Estamos a 20 de diciembre... Pero como te empeñas en no creer en Papá Noel...

Frédéric – Si tan solo pudiera vender un cuadro. Uno solo...

Delphine – Volveré a dar algunas clases particulares.

Frédéric – Yo también podría dar algunas.

Delphine – ¿Clases de pintura?

Frédéric – Sí, claro, no clases de matemáticas...

Delphine – ¿Y realmente crees que encontrarías alumnos?

Frédéric – Puedo poner anuncios en la panadería.

Delphine – Sí... Pero tendrías menos tiempo para pintar...

Frédéric – Me las arreglaré.

Un momento de silencio.

Delphine – Me crucé con el abogado al llegar.

Frédéric – Ah, sí...

Delphine – ¿Y...?

Frédéric – Nada. Me trajo unas chouquettes. Todavía quedan. ¿Quieres? Están buenísimas...

Delphine – ¿No crees que ese dinero podría resolver todos nuestros problemas?

Frédéric – Tuve una conversación con él. Me contó cómo mi padre hizo fortuna.

Delphine – ¿Cómo?

Frédéric – Su dinero proviene de las drogas y la prostitución. Mi padre estuvo en la cárcel, y si no hubiera muerto en ese accidente de avión, habría recibido cadena perpetua. Por asesinato...

Delphine – Ya veo...

Frédéric – Ese «pero» está a punto de salir...

Delphine – Pero, al fin y al cabo, lo hecho, hecho está. ¡Imagínate que te ha tocado la lotería! Si te hubiera tocado, ¿aceptarías el premio?

Frédéric – Por supuesto.

Delphine – ¿Y entonces?

Frédéric – El dinero de la lotería no proviene de las drogas y la prostitución.

Delphine – Para muchos de los que apenas llegan a fin de mes, la lotería es una droga. Ese dinero sale de los trabajadores que se gastan una parte del sueldo cada mes en boletos, soñando con hacerse ricos. Y que se arruinan un poco más cada día, en vez de llenar la despensa o pagar el comedor escolar de sus hijos. ¡Ese es el dinero que se llevan unos pocos afortunados cada semana! ¿Te parece más limpio? ¿En qué mundo vives, Frédéric?

Frédéric – Parece que sabes mucho de lotería para alguien que dice que no juega...

Delphine – ¿Cómo lo sabes?

Frédéric – ¿Juegas a la lotería?

Delphine – A veces.

Frédéric – Nunca me lo has dicho.

Delphine – Bueno, ves, al final, yo también tengo mi parte de misterio.

Frédéric – Lo siento.

Delphine – ¿Disculparte por qué?

Frédéric – Que mi mujer tenga que jugar a la lotería para poder pagar la hipoteca.

Delphine – Aposté por ti, Frédéric.

Frédéric – Y perdiste.

Delphine – No, gané. Sé que tienes talento.

Frédéric – Aún queda convencer a los demás.

Delphine – Lo conseguiremos. Pero para eso necesitas poder seguir pintando. No perder el tiempo dando clases de dibujo a adolescentes o jubilados.

Frédéric – No puedo hacer eso.

Delphine – ¿Qué?

Frédéric – Aceptar ese dinero.

Delphine – ¿A dónde irá ese dinero si no lo aceptas?

Frédéric – A mi hermana... Pero ella no lo tomará.

Delphine – ¿Crees eso?

Frédéric – Cuando se entere de dónde proviene realmente ese dinero, rechazará la herencia. Como yo.

Delphine – ¿Quieres apostar?

Frédéric – ¿Qué puedo ofrecerte si pierdo esa apuesta?

Delphine – No lo sé... ¿Cinco millones?

Negro.

ESCENA 3

El mismo escenario. Frédéric está con Vanessa, más emocionada que nunca.

Vanessa – ¡Es increíble! Papá, dueño de burdeles en México... Parece sacado de una película...

Frédéric – Sí... Una película negra...

Vanessa – Es increíble, esta historia...

Frédéric – Ten cuidado, Vanessa, repites eso cada dos frases.

Vanessa – ¿Qué?

Frédéric *(imitándola)* – ¡Es increíble, esta historia!

Vanessa – Ah, también te parece. Eso es justo lo que decía...

Frédéric – Sí...

Vanessa – Reconocerás que no es algo que nos ocurra todos los días.

Frédéric – No parece afectarte mucho saber que tu padre era proxeneta y traficante de drogas.

Vanessa – Mamá siempre lo presentó como un perdedor. Al menos, tuvo éxito.

Frédéric – ¿Perdón? ¿Éxito en qué?

Vanessa – ¡En acumular una fortuna! ¡Siento como si hubiera ganado la lotería!

Frédéric – No te sumes también a lo de la lotería...

Vanessa – Se parece mucho, ¿no? Este dinero que nos cae del cielo de repente.

Frédéric – Estamos hablando de la muerte de nuestro padre, ¿no?

Vanessa – Sí, bueno, no lo habíamos visto en años. Y apenas lo conociste. No vamos a llorar, ¿verdad?

Frédéric – ¡No me digas que vas a aceptar esa herencia!

Vanessa – ¿Estás bromeando? ¿Por qué no la aceptaría?

Frédéric – ¡Es dinero de la droga! ¡De la prostitución! ¡Del crimen!

Vanessa – Carlos dijo que lo del asesinato fue un error...

Frédéric – Aun así, ¡es dinero sucio!

Vanessa – Era, tal vez. Ahora es dinero limpio. Pero haz lo que quieras...

Frédéric – No entiendo. Tú no necesitas dinero, ¿verdad?

Vanessa – ¿Cómo lo sabes?

Frédéric – Vives en una gran casa burguesa, tienes dos coches, un apartamento en la nieve, una villa junto al mar...

Vanessa – Ese es el dinero de Marc.

Frédéric – ¿Pero no estáis casados?

Vanessa – Nunca se tiene suficiente dinero. No todo el mundo está hecho para la vida bohemia como tú. Y ¿qué piensa Delphine al respecto?

Frédéric – Deja a Delphine fuera de esto... Y ¿qué dice Marc?

Vanessa – A él, el dinero, ya sabes... No le importa de dónde viene. Mientras todo esté en regla...

Frédéric – Entonces aceptarás esta herencia...

Vanessa – ¡Y tanto! Sin pensármelo dos veces...

Frédéric – Si haces eso, no volverás a verme.

Vanessa – Ya casi no nos veíamos de todos modos... Haz lo que quieras...

Frédéric – Muy bien, pues vete... Y allá tú con tu conciencia...

Vanessa – Si no estuvieras tan cegado por tu orgullo, Frédéric, te darías cuenta de que también hay personas a tu alrededor que no están bien.

Frédéric – Para, que vas a hacerme llorar. Y no me digas ahora que vas a donar ese dinero a una asociación benéfica...

Vanessa – No quiero sacar provecho de tu decisión, Frédéric. Así que, si al final me toca tu parte de la herencia, te prometo que la donaré a una asociación.

Frédéric – ¿En serio? ¿Y cuál, si puedo preguntar?

Vanessa – Una asociación contra la violencia hacia las mujeres... ¿Por qué no?

Vanessa se va. Frédéric se queda un momento perplejo, sin entender realmente. Delphine llega.

Frédéric – ¿Estabas aquí?

Delphine – Sí, vivo aquí. Y no estaba escuchando detrás de la puerta, si es eso lo que insinúas.

Frédéric – No dije eso. Entonces, escuchaste de todos modos...

Delphine – Sí... Entonces, después de renegar de tu padre, ¿también renegarás de tu hermana?

Frédéric – No la veía así. Y estoy decepcionado...

Delphine – Pues me parece que no conoces a tu hermana...

Frédéric – ¿Ah sí?

Delphine – Te pasas el día pintando rostros, intentando desentrañar su misterio, como dices. Pero ¿te fijas en los rostros de quienes te rodean?

Frédéric – Me parece que sí...

Delphine – Si te hubieras fijado, habrías visto las marcas en la cara de tu hermana...

Frédéric – ¿Qué marcas?

Delphine – Déjalo, ya está...

Frédéric – No quiero ser como ella, eso es todo. ¿Es así como nos ves?

Delphine – ¿Cómo?

Frédéric – ¿Nos ves viviendo a cuerpo de rey con el dinero de un mafioso?

Delphine – Quieras o no, ese mafioso era tu padre.

Frédéric – Eso no puedo cambiarlo, es cierto, pero no estoy obligado a aceptar su dinero.

Delphine – ¡Ya no es su dinero, él está muerto! Es solo dinero. Si no lo tomas, tu hermana se quedará con todo. Y si ella no lo toma, irá a parar a otra persona. Y si nadie lo quiere, irá al Estado. ¡Al Estado mexicano!

Frédéric – Tal vez lo necesite más que nosotros.

Delphine – Tenemos facturas que pagar... No me queda otra: le pediré a mi madre que me adelante el dinero. Y ella no es millonaria...

Frédéric – ¿Te imaginas viviendo en un piso comprado con dinero de la prostitución? ¡Pero si eres profesora! Pensaba que eso conllevaba cierta moral...

Delphine – ¿Y tú vas a hablarme de moral? Los pocos cuadros que vendes se los vendes a ricos para que decoren sus salones. Por no hablar de tu misterioso coleccionista ruso... ¿Sabes de dónde sale su dinero? ¿Le has pedido garantías sobre el origen de su fortuna? Es ruso, deberías desconfiar. También hay mafia en Rusia, ¿no?

Frédéric – Tal vez, pero ese tipo no es mi padre.

Delphine – Que yo sepa, tampoco dedicas tu tiempo libre a ayudar a ninguna ONG... ¿Eso es ser un artista comprometido? ¿No es también una manera de prostituirse?

Frédéric – ¡Pues llámame puta!

Delphine – ¡Yo trabajo para mantenerte!

Frédéric – O sea, que me estás llamando chulo...

Delphine – Eres un moralista, Frédéric, pero no eres mejor que los demás. Si aceptaras ese dinero, ya no tendría que trabajar.

Frédéric – ¡Pensé que hacías tu trabajo por pasión!

Delphine – Digamos que he satisfecho mi pasión, y me gustaría pasar a otra cosa. Y tú, ya no tendrías que...

Frédéric – ¿Pintar?

Delphine – ¡Perder el tiempo buscando compradores!

Frédéric – Vale, tienes razón, aceptaré ese dinero. Pero será mío, que te quede claro. Tú pasarás a vivir a mi costa. Y ya veremos quién se prostituye.

Delphine – No te daré ese gusto. Podrás pagarte todas las prostitutas que quieras. Me largo.

Ella se va.

Negro.

ESCENA 4

Frédéric dormita en el sofá. Suena el timbre. Se despierta, va a abrir esperanzado y vuelve decepcionado: es Vanessa.

Vanessa – Disculpa, ¿te molesto?

Frédéric – Me sorprende verte, nada más. Creía haberte dicho que no quería volver a verte...

Vanessa – Justamente, vengo a pedirte perdón... Bueno... intentar una reconciliación. ¿Delphine no está aquí?

Frédéric – Se ha ido...

Vanessa – ¿Se ha ido? ¿Quieres decir...?

Frédéric – Me dejó.

Vanessa – Siento lo de Delphine... No será por... Claro que nadie abandona a un hombre que acaba de heredar cinco millones...

Frédéric – Si tú lo dices...

Vanessa – Claro, a no ser que ese idiota rechace la herencia.

Frédéric – ¿Has vuelto para insultarme? Parece que se te escapó algo en el significado de la palabra "reconciliación"...

Vanessa – No te preocupes, ella volverá... Si hubiera querido dejarte, ya lo habría hecho hace mucho tiempo. Bueno, quiero decir...

Frédéric – ¿Qué quieres decir con eso?

Vanessa – Quiero decir que para haber estado contigo hasta ahora, realmente tenía que amarte.

Frédéric – Eso tampoco sé cómo tomarlo...

Vanessa – No tienes un céntimo y encima eres insoportable.

Frédéric – Bueno, creo que ahora estamos bastante reconciliados. Así que si no tienes nada más que decirme...

Vanessa – Perdóname. Estoy... un poco alterada.

Frédéric – ¿Qué querías exactamente?

Vanessa – Saber si puedo dormir aquí...

Frédéric – ¿Perdona?

Vanessa – Solo por esta noche.

Frédéric – ¿Qué está pasando?

Vanessa – Yo también me he peleado con Marc...

Frédéric – Vaya... Ves... El dinero no trae la felicidad...

Vanessa – Entonces, ¿me concedes el derecho de asilo?

Frédéric – Está bien... Pero solo por esta noche...

Vanessa – Gracias... *(Un momento, parecen incómodos)* Me gustaría beber algo fuerte...

Frédéric – Tienes razón. Ahoguemos las penas en alcohol.

Vanessa – ¿Tienes tequila?

Frédéric – Vas a reírte, pero sí.

Vanessa – Terminemos la botella.

Frédéric – No creo que lleguemos a emborracharnos, queda muy poco. Hace tanto que está aquí que no sé si se habrá evaporado todo el alcohol...

Vanessa – ¿Qué quedaría del tequila cuando se evapora todo el alcohol?

Frédéric – No tengo ni idea... Bebamos, ya veremos.

Vacía el resto de la botella en dos vasos.

Vanessa – ¡Por los recién casados!

Frédéric – Pero si ya estamos casados.

Vanessa – ¡Pues por los futuros divorciados!

Frédéric – Gracias, eso me levanta mucho el ánimo.

Brindan.

Vanessa – ¡Salud!

Frédéric – ¡Salud...!

Vacían sus vasos de un trago.

Vanessa – ¿No tienes algo más?

Frédéric – Sí, vodka. Queda un poco en una botella.

Vuelve a llenar los vasos. Brindan nuevamente.

Vanessa – ¿Sabes cómo se dice «salud» en ruso?

Frédéric – No, pero con un par de copas seguro que me acuerdo. *(Vuelve a servir.)* También se ha acabado. Creo que queda algo de whisky. Un poco de rakí. Y un coñac añejo.

Vanessa – ¿Cuánto tiempo llevan aquí estas botellas?

Frédéric – Ya estaban aquí cuando compramos el apartamento...

Vanessa – Acabemos con todas. Tequila, vodka, whisky, rakí, coñac...

Frédéric – Será la borrachera más internacional de la historia de la borrachología.

Vanessa – Me recordará mi juventud. Cuando quería beber, me bebía un poco de cada botella en casa para que mamá no se diera cuenta de nada.

Frédéric – Yo tampoco me daba cuenta de nada.

Vanessa – Tú, nunca te das cuenta de nada, eso es lo que te caracteriza.

Frédéric – ¿Ah sí? ¿Así es como me ves?

Vanessa – Yo prefiero no saber cómo me ves...

Frédéric – Sí... Tal vez tengas razón... Un poco de hipocresía en las relaciones sociales no hace daño.

Vanessa – Especialmente en las relaciones familiares.

Frédéric – No estoy acostumbrado a beber así.

Vanessa – Pero sienta bien, ¿no?

Frédéric – Sí...

Vanessa – Pues no pensemos en la resaca que vamos a tener mañana... Nos amargaría el momento...

Frédéric – ¡Cuántas cosas dejaríamos de hacer si pensáramos en sus consecuencias!

Vanessa – Como tener hijos, por ejemplo.

Frédéric – Seguro que por eso nunca he tenido hijos.

Vanessa – Sí... Pero tú piensas demasiado. Ese es tu problema.

Frédéric – Tú no piensas lo suficiente. Así nos compensamos.

Vanessa – ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos embriagamos juntos?

Frédéric – Nunca nos hemos embriagado juntos.

Vanessa – Es una pena. Habría facilitado mucho nuestra relación como hermanos. Es difícil enfadarse con alguien que te ha visto vomitarle encima de las rodillas.

Frédéric – Intenta avisarme con un poco de antelación, al menos. Delphine valora mucho su alfombra. Es una herencia de su abuela...

Vanessa – Pues sírveme otra copa, anda.

Frédéric – Bueno... ¿Qué bebemos ahora?

Vanessa – Tenemos opciones, ¿no?

Él parece dudar frente a todas esas botellas.

Frédéric – No sé...

Vanessa – ¿Qué te pasa?

Frédéric – Si realmente tenemos opciones.

Vanessa – No importa la botella, con tal de que al final acabemos vomitando.

Frédéric – No, hablo de las decisiones. Del destino, ¿sabes?

Vanessa – ¿El destino?

Frédéric – ¿Realmente somos libres de nuestras elecciones, o está todo escrito de antemano?

Vanessa – ¿Me sirves de una vez, joder?

Él llena los vasos mientras continúa reflexionando.

Frédéric – Si pudiéramos revivir nuestras vidas, sabiendo lo que sabemos. ¿Volveríamos a vivir exactamente lo mismo?

Vanessa – ¿Quieres decir si elegiríamos volver a vivir lo mismo?

Frédéric – Imagínate: una mañana despiertas con quince años. Como si todo lo que hubieras vivido después solo hubiese sido un sueño. Y tienes que volver a empezar.

Vanessa – Ya empiezo a tener dolor de cabeza.

Frédéric – ¿Querríamos tomar otras decisiones? ¿Seguir un camino distinto? ¿Podríamos siquiera hacerlo? Y, sobre todo, ¿esa otra vida sería mejor o peor?

Vanessa – No lo sé...

Frédéric – ¿Y si, al tratar de evitar los errores pasados, cometiéramos otros nuevos?

Vanessa – ¿Tengo que contestar?

Frédéric – Es más: ¿en esta vida podemos hacer otra cosa que equivocarnos?

Vanessa – Creo que voy a ir a vomitar.

Frédéric – ¿Ha sido la gota de rakí que colmó el vaso o mis reflexiones filosóficas?

Vanessa – La mezcla de ambos, creo... Voy a ducharme y acostarme.

Frédéric – Bueno... Pues buenas noches...

Vanessa sale. Frédéric se sirve otra copa. Entra Delphine, que no lo ve enseguida y se sobresalta al descubrirlo allí. Frédéric está bastante borracho.

Frédéric – No te había oído llegar.

Delphine – Solo vine a recoger algunas cosas...

Frédéric – De acuerdo...

Delphine – ¿Has estado bebiendo?

Frédéric – Sí...

Delphine – Tú nunca bebes.

Frédéric – Hay una primera vez para todo, ya ves. Quería demostrarte que siempre se puede cambiar. Especialmente para peor...

Delphine – Lamento que hayamos llegado a esto...

Frédéric – La culpa es mía... Perdóname. Lo siento.

Delphine – Nos estamos lastimando. Por nada. Cuando lo tenemos todo para ser felices.

Frédéric – Salvo dinero, por lo visto. Pero haré lo que tú quieras.

Delphine – Te quiero. A ti, no a ese maldito dinero...

Están a punto de besarse. Se oyen arcadas en el baño. Delphine ve los vasos.

Delphine – ¿No estabas solo?

Frédéric – Sí... Bueno, no...

Se oye la cisterna y luego el agua de la ducha.

Delphine – ¿Hay alguien en el baño? ¡Vaya, me has reemplazado rápido!

Frédéric – ¡Pero qué dices! ¿Y dónde iba a encontrar tan deprisa a alguien que te sustituyera? A no ser que pagara...

Delphine – Esta vez no te vas a librar con un juego de palabras, porque esta noche no tengo mucho sentido del humor.

Frédéric – Es mi hermana.

Delphine – ¡No me tomes el pelo! Hace dos horas no queríais volver a veros, ¿y ahora tu hermana viene aquí a ducharse? ¿Qué pasa, le han cortado el agua?

Se oyen otras arcadas.

Frédéric – Por lo visto, ha venido sobre todo a vomitar... Se ha peleado con Marc...

Delphine – Vaya... ¿Y viene directo a nuestra casa?

Frédéric – Me encanta verte celosa... Aunque no te favorece nada esa mueca. Solo te falta echar espuma por la boca. Parece que vas a morder a alguien.

Delphine – Voy a mirar en el baño. Y, si no es tu hermana, puede que esto acabe en un crimen pasional.

Frédéric – Envolveremos el cadáver en la cortina de la ducha y te ayudaré a deshacerte de él...

Entra Vanessa.

Vanessa – Si habláis de mí, no os preocupéis: puede que no acepte vuestra hospitalidad después de todo...

Delphine – Buenas noches, Vanessa... No, no, tranquila... Estábamos hablando de la amante de Frédéric.

Vanessa – De acuerdo...

Frédéric – ¡Que no existe ninguna amante, te lo aseguro!

Delphine – Pensé que eras mi reemplazo.

Vanessa – Perdonad que me haya presentado así, sin avisar. Os dejo solos.

Delphine – No, quédate. No vas a volver allí esta noche...

Frédéric – ¿Y si Marc se presenta aquí? Con la borrachera que llevo, a lo mejor intento pegarle. Y, en mi estado, saldría perdiendo...

Vanessa – Él no sabe que estoy aquí, tranquilos... Bueno, me voy a dormir... Seguro que tienen muchas cosas de las que hablar...

Delphine – Buenas noches, Vanessa. Y cuidado con la alfombra de la habitación...

Vanessa se va.

Frédéric – Este dinero casi ha acabado con dos parejas.

Delphine – En el caso de tu hermana, no creo que haya sido por el dinero.

Frédéric – ¿Entonces qué es?

Delphine – No lo sé...

Frédéric se queda pensativo por un momento.

Frédéric – Cuando murió, estaba siendo buscado por asesinato...

Delphine – Perdóname. Tenías razón. Rechaza esa herencia. Yo me quedo contigo. Contigo y con tus principios.

Frédéric – Ya no sé qué pensar... Apenas sé nada de mi padre, salvo sus antecedentes penales... Y ahora me deja dinero suficiente para vivir sin trabajar el resto de mi vida...

Delphine – Vamos a acostarnos... Mañana será otro día... *(Frédéric titubea y ella le da el brazo)* ¿Quieres que te lleve hasta la cama?

Negro.

ESCENA 5

Delphine toma café. Vanessa llega en bata.

Vanessa – Buenos días, Delphine... Y gracias por dejarme quedarme.

Delphine – De nada. ¿Has dormido bien?

Vanessa – No... Pero no por culpa de la cama.

Delphine – Sí, he visto el cementerio de botellas.

Vanessa – No son los únicos cadáveres que me han perseguido esta noche...

Delphine – ¿Quieres café?

Vanessa – Gracias, sí.

Delphine le sirve café.

Vanessa – Sé que nunca me has querido.

Delphine *(sorprendida)* – ¿Pero por qué dices eso?

Vanessa – No digo que me odies... Pero me ves como a una mantenida, ¿no? Una burguesita de mente estrecha.

Delphine *(intentando bromear)* – Y reaccionaria, que se te olvida...

Vanessa – Tenías razón... Yo tampoco me quería a mí misma...

Delphine – ¿Y ahora?

Vanessa – Ahora ya no sé ni dónde estoy.

Delphine – Por algo se empieza...

Vanessa – No me juzgues... Aunque os parezca raro, necesito de verdad ese dinero...

Delphine – Te escucho... Puedes confiar en mí.

Vanessa – Hace tiempo que las cosas van mal entre Marc y yo. Tiene una amante. Y esa sí que existe, créeme...

Delphine – ¿La conoces?

Vanessa – Es su ayudante en la agencia inmobiliaria. Diez años más joven que él. Y, sobre todo, diez años más joven que yo.

Delphine – Pues deberías dejarlo...

Vanessa – No es tan fácil... Él no quería divorciarse para no tener que darme la mitad de nuestros bienes ni pagar una pensión. Ahora que voy a recibir esta herencia...

Delphine – ¿Y él ya lo sabe?

Vanessa – Estaba presente cuando Carlos vino la última vez.

Delphine – ¡Pero no puede negarte el divorcio!

Vanessa – No trabajo. Dependo por completo de él. Y están los niños... Puede ser muy retorcido. Si acabamos ante un juez, no sé de qué sería capaz con tal de quitarme a mis hijos.

Delphine – ¿Qué quieres decir?

Vanessa – Dirá que soy inestable psicológicamente. Que ya intenté suicidarme...

Delphine – ¿Es cierto?

Vanessa – Fue un accidente, te lo aseguro. Tomo tranquilizantes, sí. Aquel día mezclé dos medicamentos que no debía tomar juntos. Me desmayé. Tuvieron que llamar a una ambulancia... Y Marc piensa aprovecharlo para conseguir la custodia de los niños...

Delphine – Lo entiendo... Pero no puedes seguir así...

Vanessa – Este dinero me permitiría irme. Aunque le tuviera que dejar una parte, para que me deje en paz...

Delphine – No puedes ceder a ese chantaje. Es repugnante...

Vanessa – Ya no sé qué hacer... Me da miedo... Cuando Carlos vino, Marc se mostró encantador con él. Pero, en cuanto se marchó, me exigió su parte del dinero. Y, si no...

Delphine – ¿Y si no qué? *(Vanessa se aprieta la bata contra el cuerpo.)* ¿Y esos moratones que escondes bajo la bata?

Vanessa – No es nada... Me caí...

Delphine – A mí no me engañas, Vanessa...

Vanessa – Ya sé que cuesta creerlo... Creemos que estas cosas solo ocurren en familias humildes. Seguro que te preguntas cómo puedo soportarlo...

Delphine – Eso es precisamente lo que te pregunto a ti.

Vanessa – Nunca estuve acostumbrada a tomar decisiones.

Delphine – ¿Quieres que Frédéric hable con él? Al fin y al cabo, es tu hermano...

Vanessa – Marc se vengaría de mí... Tal vez sobre los niños... Por favor, no se lo menciones a Frédéric...

Delphine – No puedes consentir esto, Vanessa. Tienes que pedir ayuda...

Suena el timbre. Delphine sale y vuelve con Carlos.

Carlos – Buenos días, Vanessa... No esperaba encontrarla aquí, pero casi mejor. Así podré hablar también con su hermano.

Delphine – Os dejo... Voy a avisar a Frédéric. Está en la ducha...

Sale.

Carlos – Lamento la decisión de su hermano. Debería convencerlo de aceptar.

Vanessa – Mi hermano no es alguien fácil de convencer...

Carlos – Sí, lo he notado...

Vanessa – Lo entiendo, pero yo no tengo opción.

Carlos – ¿Por qué?

Vanessa – Digamos que ese dinero me permitiría recuperar mi independencia. Si mi marido me deja marchar, claro.

Carlos – ¿Su esposo no la hace feliz?

Vanessa – Llevo mucho tiempo queriendo divorciarme... Pero tengo miedo.

Carlos – ¿Miedo? ¿Miedo a qué?

Vanessa – Prefiero no hablar de eso...

Carlos se levanta y señala delicadamente el moratón de la mejilla de Vanessa, medio oculto por un mechón de pelo.

Carlos – ¿Su marido le ha pegado alguna vez?

El silencio de Vanessa equivale a una confesión. Carlos le aparta bruscamente la bata y descubre más hematomas en los hombros.

Carlos *(con frialdad)* – ¿Él le ha hecho esto...?

Vanessa ajusta su bata de nuevo.

Vanessa – Quiero divorciarme, pero él no quiere.

Carlos – ¿Él no quiere...?

Vanessa – Ahora que sabe que voy a recibir una gran herencia, quiere su parte.

Carlos – ¿No firmaron capitulaciones matrimoniales?

Vanessa – No.

Carlos – Entonces él no tiene ningún derecho sobre su herencia.

Vanessa – Ya lo sé... Pero no es tan sencillo...

Carlos – No se preocupe... Yo me encargo de hacérselo entender.

Vanessa – No creo que baste, por desgracia.

Carlos – Bastará, créame. Aunque no lo parezca, puedo ser muy persuasivo.

Frédéric llega y parece sorprendido por la cercanía entre Carlos y Vanessa. También nota la angustia de su hermana.

Carlos – Aunque, en lo que respecta a su hermano, todavía no he conseguido convencerlo...

Vanessa – Voy a terminar de vestirme...

Sale.

Carlos – Su hermana es una mujer encantadora.

Frédéric – Yo diría más bien que es bastante pesada, pero sí...

Carlos – Pero también es muy vulnerable. Y hay gente que puede aprovecharse de eso...

Frédéric – ¿Qué quiere decir?

Carlos titubea, pero cambia de tema.

Carlos – Debería aceptar la herencia.

Frédéric – ¿«Su» propuesta?

Carlos – La de su padre.

Frédéric – Pero mi padre no dejó ninguna instrucción concreta, ¿verdad? Yo solo soy su heredero legal...

Carlos – No tuvo tiempo de hacer un testamento. Pero sé que habría querido que esta herencia fuera para sus hijos.

Frédéric – A lo mejor no estaba destinado a ser rico...

Carlos – Nadie nace destinado a ser rico. Esa es precisamente una de las ventajas...

Frédéric – A mí me bastarían cien mil euros para resolver mis problemas de dinero.

Carlos – Lo siento, no se trata de un legado parcial, sino de una herencia. Es todo o nada.

Frédéric – Ya no sé qué hacer...

Carlos – Mañana traeré los documentos de aceptación de la herencia. Solo tendrán que firmar y yo me ocuparé de todo. Entretanto, quería entregarle esto...

Le entrega un cuaderno grueso.

Frédéric – ¿Qué es esto?

Carlos – Es su diario.

Frédéric – ¿Su diario? ¿Quiere decir un diario íntimo?

Carlos – O un cuaderno de bitácora, si lo prefiere.

Frédéric – No sabía que los mafiosos escribieran diarios íntimos... ¿No será peligroso?

Carlos – Lo encontré entre sus documentos. Lo leerá más tarde. Espero que le ayude a entender algunas cosas...

Frédéric – ¿Usted lo ha leído?

Carlos – Lo he hojeado... Prefería echarle un vistazo antes de entregárselo.

Frédéric coge el cuaderno.

Frédéric – ¿Quiere tomar algo? Todavía quedan unas botellas por ahí...

Carlos – Otro día... Tengo un asunto urgente que resolver... *(Mira de nuevo el cuadro inacabado.)* Me gustan mucho sus cuadros... Su padre tenía varios en su casa...

Frédéric – Perdón, ¿qué?

Carlos – Se las hacía comprar a un galerista de Londres. Tenía muy buena opinión de usted. No le falle...

Carlos se marcha. Frédéric se queda atónito. Entra Delphine.

Delphine – ¿Estás bien?

Frédéric – Era mi padre quien compraba mis cuadros a través de ese supuesto coleccionista ruso que los recibía en Londres.

Delphine – ¿Estás seguro?

Frédéric – En el fondo, fue él quien me mantuvo a flote todos estos años. Sin él no habría vendido ni un cuadro.

Delphine – Es increíble... Como diría tu hermana.

Frédéric – No quería ese dinero sucio y resulta que ya estaba viviendo de él...

Delphine – Entonces, ¿qué hacemos?

Frédéric – Un poco más o un poco menos... Mi hermana tiene razón: el dinero siempre acaba manchado.

Delphine – ¿Entonces aceptas la herencia?

Frédéric – Ya encontraremos la manera de dar una parte a alguna asociación, como proponía mi hermana... Y así nos tranquilizaremos la conciencia sin demasiado esfuerzo...

Oscuro.

ESCENA 6

Frédéric lee el diario de su padre. Está visiblemente conmovido. Entra Delphine.

Delphine – ¿Ya estás despierto?

Frédéric cierra el diario.

Frédéric – No he pegado ojo en toda la noche.

Delphine se sirve una taza de café.

Delphine – Lo sé... Yo tampoco.

Frédéric – Tenía que leerlo, pasara lo que pasara.

Delphine – ¿Quieres hablarme de ello?

Frédéric – Qué curioso... No sabía nada de mi padre y, ahora que ha muerto, sé más de él de lo que muchos hijos llegan a saber de los suyos.

Delphine – Espero que eso te ayude a reconciliarte un poco con él.

Frédéric – Me habría gustado reconciliarme con él mientras vivía, pero en fin...

Delphine – ¿Me lo contarás?

Frédéric – Por supuesto... Incluso podrás leerlo. Más adelante...

Delphine – De acuerdo.

Frédéric – Créeme, hay suficiente material como para escribir una novela.

Delphine – ¿Vas a hacerlo?

Frédéric – Me toca demasiado de cerca, no podría hacerlo. Además, tú eres la escritora, ¿no?

Delphine – Sí... Aunque todavía no he escrito nada...

Frédéric – No me lo creo.

Delphine – Vale, tengo algunas notas en mis cajones. Y un comienzo de novela...

Frédéric – Estoy deseando leerlo...

Delphine – ¿Y si te decepciona?

Frédéric – Nada que venga de ti podría decepcionarme jamás.

Delphine – Ahora soy yo quien necesita que creas en mí.

Frédéric – Ojo... He dicho que no me decepcionaría, no que fuera a parecerme maravilloso...

Delphine – ¿Y si es malísimo, me lo dirás?

Frédéric – ¿Tú qué crees?

Delphine – Creo que sabrás hacérmelo entender.

Frédéric – Un día te mostraré mi primer cuadro.

Delphine – ¿Lo has guardado?

Frédéric – No se lo muestro a nadie, claro. Pero cuando realmente dudo de mí mismo, le echo un vistazo. Me doy cuenta del camino recorrido y me levanta el ánimo. Al menos por un tiempo, porque luego pienso en el camino que aún falta por recorrer.

Delphine – Tengo curiosidad por verlo...

Frédéric – Lo verás. Así mirarás con más indulgencia tu primera novela. ¿Acaso crees que Leonardo da Vinci pintó la Gioconda a la primera? El genio no existe. Tampoco la verdad ni la perfección. La genialidad consiste en perseverar en el error con una determinación absoluta. Hasta conseguir equivocarse de forma sublime.

Van a besarse, pero suena el timbre. Delphine va a abrir y vuelve con Vanessa, más tranquila y sonriente. Trae una bolsa de papel.

Vanessa – Hola, Fred. Buenos días, Delphine. Os he traído unas chouquettes.

Frédéric – ¿Qué les pasa a todos con las chouquettes? ¿Están de oferta en la panadería de la esquina?

Delphine – ¿Quieres un café?

Vanessa – Sí, gracias.

Frédéric – Parece que estás mejor, ¿no?

Vanessa – Voy a divorciarme.

Frédéric – En tu caso, supongo que es una buena noticia.

Vanessa – Lo es.

Delphine – ¿Habéis llegado a un acuerdo con Marc? ¿De mutuo acuerdo...?

Frédéric – ¿No te pidió que le dejaras la mitad de tu herencia, al menos?

Vanessa – No. No me pidió nada en absoluto. No sé por qué, ahora está siendo muy amable conmigo.

Delphine – ¿Y no le has prometido nada a cambio de aceptar el divorcio?

Vanessa – Nada... Incluso está dispuesto a dejarme la custodia exclusiva de los niños...

Frédéric – Eso es lo que querías, ¿no?

Vanessa – Claro. Por eso no quería divorciarme antes de tener la certeza de poder quedarme con ellos.

Frédéric – ¿Crees que habría sido capaz de hacerles daño a los niños?

Vanessa – No lo sé...

Delphine – Y... ¿tienes alguna idea de qué pudo hacerlo cambiar de actitud tan repentinamente?

Vanessa – No... *(Una pausa)* La última vez, volvió a casa con marcas de golpes en la cara. No sé si hay alguna relación...

Frédéric – Ah sí... Tal vez un poco sí...

Vanessa – ¿Sabes quién pudo haberle hecho eso?

Frédéric – En todo caso, no fui yo, te lo juro.

Vanessa parece incómoda.

Delphine – Voy a terminar de arreglarme.

Delphine sale.

Frédéric – ¿Tenías algo más que decirme?

Vanessa – Sí...

Frédéric – Te escucho.

Vanessa – Mamá hablaba mucho conmigo, ¿sabes? Sobre todo hacia el final de su vida... A veces me hacía confidencias...

Frédéric – Más que a mí, eso está claro... ¿Y?

Vanessa – Hay algo que nunca te dijo... Bueno, creo... Algo que me gustaría que supieras...

Frédéric – De acuerdo...

Vanessa – En realidad, si tu padre se marchó...

Frédéric – «Mi» padre. También es el tuyo, ¿no?

Vanessa – Justamente... Si Charles se fue... fue porque ella lo había engañado.

Frédéric – ¿Perdón?

Vanessa – De hecho, no soy su hija. Fue al enterarse de eso cuando Charles decidió irse a América.

Frédéric – ¿Mamá fue quien te lo dijo?

Vanessa – Sí.

Frédéric – Vale... *(Una pausa.)* ¿Y yo?

Vanessa – ¿Y tú?

Frédéric – ¿De quién soy hijo?

Vanessa – Eres hijo de Charles, no te preocupes.

Frédéric – Tratándose de un proxeneta y narcotraficante, no sé si eso me tranquiliza mucho, pero bueno...

Vanessa – Aunque de ti mamá no me dijo nada parecido.

Frédéric – Ya... ¿Y tú de quién eres hija?

Vanessa – Del mejor amigo de Charles, que también era su socio, creo. Un tal Karl, que también desapareció poco después de que yo naciera.

Frédéric – Espero que no en circunstancias misteriosas...

Vanessa – Mamá nunca lo volvió a ver. Y yo tampoco, obviamente...

Frédéric – ¿Y eso explicaría que Charles nos abandonara a todos?

Vanessa – Se sintió traicionado. Por su esposa. Por su amigo. No pudo soportarlo. Por eso se fue a América.

Frédéric – ¿Y ahora me lo dices?

Vanessa – Principalmente me afectaba a mí.

Frédéric – Entonces, ¿por qué me lo dices ahora?

Vanessa – Voy a aceptar esta herencia... Tú estás pensando renunciar a ella... Sería absurdo que terminase yo con todo el dinero, siendo tú hijo de Charles y yo no...

Frédéric – Él te reconoció, ¿verdad? Llevas su apellido.

Vanessa – Cuando fue a inscribirme en el registro civil, aún no sabía que yo no era su hija.

Frédéric – No tienes ninguna culpa, Vanessa. Lo has sufrido igual que yo. Para mí siempre serás mi hermana... Para lo bueno y para lo malo.

Vanessa – ¿Entonces estás dispuesto a compartir conmigo?

Frédéric – Claro... Si ya no sabría qué hacer con cinco millones, imagínate con diez.

Vanessa – Gracias, Frédéric... En realidad, nunca te he odiado... tanto como aparentaba.

Frédéric – Esa confesión me conmueve mucho.

Vanessa – Creo que en realidad, sentía envidia de ti.

Frédéric – ¿De mí? Soy un artista fracasado. Vivo a expensas de mi esposa. Y según ella, soy un sermoneador...

Vanessa – Sí... Bueno, eso tampoco es del todo falso...

Frédéric – Entonces, ¿de qué exactamente estás celosa?

Vanessa – Supongo que de tu independencia. Elegiste tu vida. Contra viento y marea. Intentaste cumplir tu sueño... Aunque no lo lograste...

Frédéric – Gracias...

Vanessa – Pero al menos lo intentaste.

Frédéric – Sí... ¿Y tú no?

Vanessa – Mi problema es que yo no tenía ningún sueño... Así que me conformé con casarme con alguien que cuidara bien de mí. O eso creía...

Frédéric – Entonces, tú también crees que no tenemos elección...

Vanessa – ¿Elección? La vida es como el Scrabble. La regla es la misma para todos y te hacen creer que cada uno tiene la misma oportunidad de ganar. Pero cuando sacas letras de mierda al principio, y eso continúa durante el juego... W, K, Y...

Frédéric – Si le añades unas letras, sale «whisky».

Vanessa – Eso fue lo que hice: whisky, vodka, rakí...

Un abrazo entre hermanos.

Frédéric – Lo siento muchísimo. Lo tenía delante de los ojos y no vi nada...

Vanessa – Sí... Para un pintor es el colmo, no ver nada...

Frédéric – Me lo reprocho. Era tu hermano mayor, tenía que haberte protegido.

Vanessa – Mi medio hermano mayor...

Frédéric prefiere volver a hacer una broma.

Frédéric – Tienes razón. Al final hay una buena noticia: resulta que solo eres mi media hermana.

Vanessa – Y, aun así, todos tus problemas son por mi culpa, ¿ves?

Frédéric – Curiosamente, no me sorprende...

Vanessa – Te lo he contado también para que no seas tan duro con tu padre.

Frédéric – Bueno, tampoco todos los maridos engañados se marchan a América a montar burdeles...

Vanessa – No... Es el destino, como dices. Quizá también esto estaba escrito...

Frédéric – Ya...

Vanessa – Y tú, ¿qué me cuentas?

Frédéric – ¿Yo qué?

Vanessa – Ya que estamos con las confidencias... ¿Hay algo que deba saber?

Frédéric – Todavía no...

Vanessa – ¿Cómo que todavía no?

Frédéric – Carlos me ha entregado... el diario de papá. Aún no he terminado de leerlo.

Vanessa – Creía que solo las adolescentes un poco deprimidas escribían diarios...

Frédéric – Parece que aquel viejo proxeneta también tenía su lado femenino.

Frédéric le entrega el diario y ella lo hojea. Suena el timbre. Delphine vuelve acompañada de Carlos.

Carlos – Aquí están todos los documentos. Solo tienen que firmar.

Vanessa – Muy bien.

Carlos – Pero antes debo decirles una cosa.

Frédéric – ¿Otra vez? Desde luego, sabe cómo mantener el suspense...

Delphine – Sí... Debería escribir obras de teatro...

Frédéric – Le escucho... Pero me temo lo peor...

Carlos – Su padre acogió en México a una niña huérfana que ahora tiene cinco años...

Frédéric – Esa es la edad que yo tenía cuando nos abandonó...

Carlos – Antes de morir, su padre no tuvo tiempo de adoptar formalmente a esa niña...

Vanessa – ¿Y?

Carlos – Su padre quería llevarla a Francia para que recibiera una buena educación y tuviera un futuro mejor. Claro que ahora...

Frédéric – Creo que empiezo a entender...

Vanessa – ¿Y dice que no era su hija biológica?

Carlos – Era hija de una mujer que ejercía la prostitución en uno de los locales de su padre y murió poco después del parto. Nadie sabe quién es el padre...

Un momento.

Vanessa – ¿Y la herencia depende de que nos hagamos cargo de la niña?

Carlos – No lo dejó escrito en ningún testamento, porque Charles no hizo ninguno. Pero estoy seguro de que era lo que su padre habría querido...

Vanessa – No sé qué decir... Frédéric, ¿tú qué opinas?

Frédéric – ¿Realmente tenemos elección...?

Carlos – Desde un estricto punto de vista legal, pueden aceptar esta herencia y no preocuparse por el futuro de esta niña.

Delphine – Legalmente, sí. Pero sería monstruoso...

Frédéric – ¿Tienen una foto?

Carlos – Por supuesto.

Vanessa – ¿Eres consciente, Frédéric, de que si vemos esta foto, aunque sea por un segundo, no podremos volver atrás?

Frédéric – Deme esa foto.

Carlos le entrega la foto y él la mira detenidamente. Luego se la pasa a Vanessa.

Vanessa – No, lo siento... No puedo... No ahora...

Delphine toma la foto y la mira. Intercambia una mirada significativa con Frédéric.

Frédéric – ¿Le quedan muchas noticias de este tipo? Porque, si es así, será mejor que nos las cuente todas de una vez...

Carlos – Creo que esta vez, saben todo.

Frédéric – Lo dudo.

Carlos – Digamos... todo lo que necesitan saber.

Silencio.

Vanessa – Yo ya tengo dos hijos... Y no tengo esposo...

Frédéric – Pero eres multimillonaria.

Carlos – Es una decisión importante. Si lo desean, puedo dejarles un poco de tiempo para pensarlo.

Frédéric – Si reflexionamos, diremos que no. Mi hermana tiene razón, reflexiono demasiado.

Carlos – Entonces, ¿es un sí?

Frédéric – ¿Delphine?

Delphine – No tuvimos hijos. No sé realmente por qué.

Frédéric – Mi historia personal no me alentó mucho a formar una familia.

Delphine – No insistí. Para no perderte. Será la hija que no tuvimos juntos...

Frédéric – Eso justificará que aceptemos el dinero. Por esta niña. Para darle una vida feliz. O, al menos, una vida mejor...

Vanessa – Sí, para ella será una reparación, y para nosotros, será una especie... de castigo. *(Los demás la miran, sorprendidos)*. Quiero decir, por haber aceptado dinero sucio...

Frédéric – No quería aceptar este dinero por amor propio. Pero, al final, amor propio, dinero sucio... El amor tampoco está siempre limpio...

Carlos – También tengo los documentos de adopción para la niña... Si están de acuerdo, solo tienen que firmar.

Delphine – Y esta niña, ¿dónde está?

Carlos – En un orfanato en México.

Un momento.

Frédéric – Aceptamos esta herencia. Y adoptamos a esta niña...

Vanessa – Gracias... Os ayudaré, lo prometo.

Delphine *(a Vanessa)* – Estoy segura de que serás una tía maravillosa...

Carlos – En ese caso, solo tienen que firmar.

Frédéric – Muy bien.

Carlos – ¿No quieren leerlos antes de firmar?

Frédéric – Realmente no sé por qué, pero confío en usted.

Frédéric y Vanessa firman los documentos.

Carlos – Con esta autorización, realizaré todos los trámites en su nombre. Serán informados sobre las transferencias de propiedad y los pagos.

Delphine – ¿Y para la niña?

Carlos – Con estos documentos, podrán ir a buscarla de manera legal. En unas semanas...

Delphine – Iremos tan pronto como sea posible.

Carlos – Gracias.

Vanessa – Tomaste la decisión correcta, Frédéric.

Frédéric – No creo que tuviera elección. Pero de todas formas, fue la elección correcta.

Carlos – Entonces los dejaré. En familia.

Delphine – Gracias...

Carlos está a punto de irse.

Vanessa – ¿Nos volveremos a ver?

Carlos – Solo Dios lo sabe... Pero seguiré teniendo noticias de ustedes, aunque sea desde lejos...

Delphine y Vanessa se alejan por un momento. Frédéric se dirige a Carlos en voz baja.

Frédéric – ¿Y para mi hermana? ¿Fue usted quien pudo hablar con su esposo?

Carlos – Tuvimos una pequeña conversación, en efecto. Le recordé algunos puntos legales relacionados con la legislación de herencias.

Frédéric – Es usted un gran pedagogo, porque antes él no quería escuchar a nadie... Mi hermana me ha contado que ahora tiene la cara algo hinchada... Supongo que cuando habla de puntos de derecho también se refiere a algún derechazo para que lo entendiera mejor, ¿no?

Carlos – Digamos que le di a elegir entre divorciarse y enviudar. Y le aclaré que quien enviudaría sería su mujer. Lo entendió perfectamente.

Frédéric – ¿Por qué hace todo esto por nosotros?

Carlos – Se lo he dicho. Su padre era amigo mío y yo solía ocuparme de sus asuntos...

Frédéric – ¿Cómo era mi padre? Como amigo...

Carlos – No era muy efusivo, pero podía confiarse en él. Habría dado la vida por ustedes...

Vanessa se acerca.

Vanessa – Yo también tengo que irme. Los niños me esperan. Por ahora estamos en un hotel. *(A Carlos.)* ¿Puede acercarme?

Carlos – Por supuesto...

Carlos y Vanessa se van.

Delphine – ¿Crees que ya encontró un nuevo protector?

Frédéric – Pensaba que ibas a decir «chulo»... *(Incrédulo.)* ¿No? Podría ser su padre.

Delphine – En el punto en el que estamos, nada podría sorprenderme más...

Frédéric – ¿Qué quieres decir?

Delphine – Puede que sea él, el amigo de tu padre... El socio que tuvo una aventura con su mujer.

Frédéric – ¿Y Carlos sería el padre de Vanessa?

Delphine – ¿Recuerdas cómo se llamaba ese hombre que también desapareció misteriosamente?

Frédéric – Karl.

Delphine – Karl, Carlos... Reconoce que da que pensar.

Frédéric – Creo que estamos empezando a delirar, ¿no?

Delphine – Sí... Y, en realidad, podría ser que tu madre haya inventado todo esto.

Frédéric – ¿Tú crees...?

Delphine – Hay que decir que al final, ella estaba perdiendo seriamente la cabeza, ¿no?

Frédéric – ¿Y por qué habría inventado a este... Karl? ¿Por qué habría afirmado haber engañado a mi padre? No es precisamente el tipo de cosas de las que uno se jacta.

Delphine – No lo sé... Tal vez para justificar que vuestro padre os haya abandonado. Para ayudaros a aceptarlo. Es difícil aceptar que un padre te abandone sin razón. Al menos así, tenía una razón. Tomaba la culpa sobre sí misma, de alguna manera...

Frédéric – Sí...

Delphine – O tal vez, simplemente estaba loca.

Frédéric – Bueno... No sé si se puede decir que todo ha terminado bien.

Delphine – De todos modos, vamos a recibir cinco millones...

Frédéric – Podré seguir pintando.

Delphine – Y para mí será mi última vuelta al colegio.

Frédéric – Y tu próxima vuelta será... ¡a las librerías, con tu primer libro!

Delphine – Y nuestro primer viaje de millonarios será a México.

Frédéric – Quieres decir nuestro último viaje como pareja sin hijos. Porque después...

Delphine – Al fin y al cabo, Carlos era un buen tipo.

Frédéric – Sí. Desde luego, tiene un buen derechazo.

Suena el teléfono.

Delphine – Sí... Crédito Solidario... Ah, sí...

Frédéric – Pásamelos... *(Toma el auricular.)* Sí... Escuche, estimado señor, lo siento mucho, pero tendremos que cambiar de banco... Sí, eso es... Buscaremos un banco más acorde con nuestro patrimonio... Que le vaya bien.

Delphine – La paternidad te sienta bien.

Frédéric – Esperaba esto para convertirme completamente en un hombre...

Mira la pantalla del ordenador, que acaba de emitir un sonido.

Frédéric – Oh, un nuevo encargo... de mi cliente misterioso.

Delphine – Entonces, al final no sería tu padre, ¿verdad?

Frédéric – ¿Entonces quién?

Delphine – ¿Ese abogado mexicano...? Me dijiste que le gustaba mucho tu pintura...

Frédéric – Puede ser...

Delphine – O quizás... es que tu padre no está realmente muerto.

Frédéric – ¿Perdón...?

Delphine – Carlos dijo que nunca encontraron su cuerpo. Para alguien buscado por la policía, morir es una buena solución.

Frédéric – Antes de renacer con una identidad falsa. ¡Pero seguiría siendo reconocible!

Delphine – También está la cirugía estética.

Frédéric – ¿Y habría abandonado a su hija?

Delphine – No sería la primera vez que cambia de vida y lo deja todo atrás.

Frédéric – Y no la abandona del todo, porque ha conseguido endosárnosla.

Delphine – No puede llevar a la niña consigo mientras huye y ha querido asegurarle un futuro. Como a nosotros...

Frédéric – ¿Tú crees?

Delphine – ¿Y si fuera él?

Frédéric – ¿Él?

Delphine – ¡Carlos, tu padre!

Frédéric – ¡Pero vamos, lo habría reconocido!

Delphine – Si se hubiera operado la cara...

Frédéric – Aun así...

Delphine – Apenas lo conociste... Y, además, Charles... Carlos... Carlos es Charles en español, ¿no?

Frédéric – Y Karl, en alemán. Según tú, Charles, Karl y Carlos podrían ser la misma persona...

Delphine – Solo es una hipótesis. Puede que nunca lo sepamos...

Silencio.

Frédéric – No sé si lo volveremos a ver algún día...

Delphine – Es poco probable. Es demasiado peligroso para él...

Frédéric mira la fotografía de la niña mexicana.

Delphine – ¿Crees que es verdad lo que nos contó?

Frédéric – ¿Qué?

Delphine – Que era hija de una prostituta y que no se sabe quién es su padre... A lo mejor es hija de él. ¿Cómo era tu padre?

Frédéric – Ya no lo recuerdo muy bien.

Delphine – ¿No tienes una foto?

Frédéric – Lo quemé todo.

Delphine – Se parece un poco a ti...

Frédéric – ¿Crees?

Delphine – Tienes razón. Descifrar el misterio de un rostro es obra de toda una vida.

Frédéric – Y ni siquiera sabemos si llegaremos a conseguirlo.

Delphine – Especialmente cuando la gente cambia su rostro intencionalmente...

Frédéric – Me da que esta historia familiar va para largo... Pero ¿se puede seguir llamando familia?

Delphine – Una familia... De todos modos, vamos a tener una, ¿no?

Frédéric – Sí... Una niña a la que cuidaremos y querremos durante veinte años y que pasará el resto de su vida reprochándonos todo lo que no hayamos hecho por ella. Y haciéndonos responsables de lo que le salga mal...

Delphine – Estoy deseando empezar.

Frédéric – Yo también...

Delphine – Creo que ya tengo tema para mi primer libro. No será una novela, sino una obra de teatro. Incluso tengo título: «El olor del dinero»...

Frédéric – O justo lo contrario.

Ella mira el cuadro.

Delphine – Este rostro, ¿es el de tu padre, verdad?

El teléfono móvil de Frédéric suena.

Frédéric – ¿Sí...? Sí, soy yo... No, no he sido yo quien... De acuerdo... No, no, mañana a las tres de la tarde me viene bien. Perfecto. Hasta mañana. Gracias... *(Guarda el móvil.)* Era la directora de la galería Tendances Contemporaines, en París. Quiere exponer mis cuadros.

Delphine – ¿En serio?

Frédéric – Te lo aseguro... Espero que no sea una broma.

Delphine – No lo creo.

Frédéric – ¿Y si fuera Carlos?

Delphine – ¿Carlos?

Frédéric – Bueno... Charles... O Karl... Puede que haya ido a verlos... Que les haya ofrecido dinero... O algo peor: que los haya amenazado...

Delphine – Siempre me sorprenderá lo poco que confías en ti. ¿De verdad crees que una galería solo aceptaría exponer tus cuadros bajo amenaza?

Frédéric – Perdona... Es la falta de costumbre... Pero dicen que ya conocían mi trabajo. Alguien debe de haber...

Delphine – He sido yo.

Frédéric – ¿Tú?

Delphine – Fui a verlos con tu catálogo.

Frédéric – ¿Y me aceptan solo por el catálogo?

Delphine – Les interesó. Vinieron aquí un día que no estabas y les enseñé tus cuadros.

Frédéric – ¿Por qué no me lo dijiste?

Delphine – No quería que te llevaras una decepción, por si no salía bien... Y de todos modos no me habrías creído.

Frédéric – Pero tú sí lo creías.

Delphine – Siempre he creído en ti.

Frédéric – Al final, soy como Dios o Papá Noel... Necesito que crean en mí para seguir existiendo.

Delphine – Cualquiera creería en Papá Noel si le trajera cinco millones de euros en el saco...

Se besan. Ella mira el cuadro.

Delphine – ¿Terminaste tu retrato?

Frédéric – Creo...

Delphine – Es precioso... Será la obra estrella de tu primera exposición en París.

Frédéric – Sí...

Delphine – Se parece un poco a Dios, ¿no?

Frédéric – No sé... ¿Qué aspecto tiene Dios?

Delphine – Supongo que a la imagen que nos hacemos de él.

Frédéric también mira el cuadro.

Frédéric – O a Papá Noel... Ese al que nunca vemos pero que nos trae regalos...

Delphine – Intentaremos sacar algo limpio de todo este dinero sucio.

Frédéric – Esperemos que de verdad podamos elegir.

Delphine – Eso espero... Y, si resulta que en realidad no teníamos elección, al menos habremos conservado la esperanza.

Frédéric – La esperanza es lo último que se pierde...

Delphine – Por favor, dime que no vas a pasarte el día soltando refranes, como tu hermana...

Frédéric – Mi media hermana... O eso creo...

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Mayo 2023

ISBN 978-2-37705-944-7

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.